

El Jején se precipitó sobre él, y antes de que pudiera defenderse el oficial, le hendió el cráneo de un sablazo.

A este tiempo llegaron de vuelta los que habian ido en persecucion de la escolta.

—Acabad con ese—dijo el Jején señalando al oficial, y se dirigió al carruaje.

—Don Enrique, Don Enrique!—exclamó.

—¿Qué me quereis?—contestó con voz lánguida el enfermo.

—Salid pronto; venid, estais libre.

La voz de libertad anima hasta á un moribundo. Don Enrique hizo un esfuerzo y salió del carruaje; los compañeros del Jején se habian acercado.

—Montad en este caballo—dijo Lúcas, mostrándole uno que los suyos le habian quitado á los de la escolta.

Don Enrique obedeció.

—Ahora seguidnos.

Y todos al galope desaparecieron, dejando como huella de la aventura un coche abandonado y un cadáver.

.....

Desde entonces no se volvió á saber lo que habia sido de Don Enrique Ruiz de Mendilueta. El virey y Don Justo le creyeron muerto; el viejo conde de Torre-Leal le lloró, pero siempre alimentando la esperanza de volverle á ver, no quiso declarar heredero del título al hijo de Doña Guadalupe.

Por aquel tiempo celebróse la boda de Don Diego y de Doña Marina, y ambos desaparecieron de México.

Para escribir este libro hemos tenido que retroceder algunos años; así era preciso, y volvemos ya á tomar el hilo de nuestra historia.

## TERCERA PARTE.

### BRAZO-DE-ACERO.

#### I.

Juan Darien.

EL auxilio que la armada española envió á Puerto Príncipe, llegó demasiado tarde; los piratas habian desocupado ya la villa, llevándose cuanto pudieron; pero antes de darse á la vela Morgan puso en libertad á cuantos prisioneros españoles tenia.

Tal conducta impresionó tan favorablemente al jefe que mandaba las fuerzas auxiliares, que cuando le presentaron á Brazo-de-acero, se mostró con él muy complacido.

Algunos marineros del «Santa María de la Victoria» declararon haberle visto al servicio de S. M., desde la isla Española, y agregaron que podia ser muy bien que Antonio se hubiera escapado como lo hicieron otros.

El jefe se dió por satisfecho, y Antonio fué puesto en libertad.

Morgan y los suyos se habian dirigido á Jamaica con el objeto de repartir allí el botin, y Brazo-de-acero comprendió que era preciso dirigirse allá para reunirse con ellos: ¿pero cómo?

Ningun navío se hubiera atrevido á hacerse al mar; tan grande era el terror que esparcian por todas partes aquellos piratas.

Brazo-de-acero no sabia qué hacer; porque á pesar de que se le habia concedido la libertad, todos desconfiaban de él, y le veian con cierto temor, y le señalaban por donde quiera que iba. Aquella situacion era para él verdaderamente aflictiva.

Caminaba pensativo por una de las callejuelas menos concurridas de la villa, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Volvió el rostro y se encontró con un hombre gordo, vestido de paño gris, con un ancho sombrero, sin armas, y con todo el aspecto de un rico, honrado y pacífico comerciante.

—Dispensadme—dijo el hombre—deseo hablaros.

—Estoy á vuestras órdenes—contestó Antonio, creyendo que cuando menos se trataba de ponerle preso.

—Ante todo supongo que pues en la mañana de hoy os han traído preso y aquí no teneis ni amigos ni conocidos, no habeis pasado bocado.

—No, ciertamente.

—Pues hacedme el gusto de venir á comer conmigo.

—Pero, caballero, si no me conocéis.

—No importa; ¿acaso el cristiano para ayudar á sus hermanos, necesita saber cómo se llaman?

—En verdad que no.

—Perfectamente: además, hay otra razon; por vuestro aspecto parecéisme indiano.

—Soy de México.

—Ya lo veis; yo soy de Campeche, y he aquí otra razon de mas para que tenga yo gusto y deseo de partir con vos mi pan, que no puedo llamar pobre, porque realmente no lo es.

Brazo-de-acero miraba con asombro á aquel personaje que se le aparecia como una Providencia.

—Conque venid—dijo el desconocido; y tomando familiarmente del brazo á Antonio, le condujo á una casa que estaba muy cerca de allí.

Llegaron á una estancia en donde estaba preparada una mesa como para dos personas.

—Sentaos—dijo el desconocido quitándose el sombrero; —sentaos, comeremos; que bien lo necesita vuestro cuerpo.

Antonio obedeció sin replicar; el rostro franco y el aire bonachon de su nuevo amigo le infundian confianza.

Comenzaron á servir la comida dos hombres, á quienes el desconocido dirigia la palabra en un idioma que Antonio no comprendia.

El convite era digno de un duque; vinos, frutas, legumbres, carnes y pescados exquisitos, y servido todo en una rica vajilla de plata.

Pero allí no habia indicio de que ninguna mujer hubiera en la casa; aquello llamó la atencion de Brazo-de-acero, aunque se cuidó muy bien de decir nada.

El anfitrión iba haciéndose mas expansivo y la conversacion mas animada.

—Vamos—dijo el desconocido;—creo que no tendreis ya desconfianza de mí, puesto que veis que soy un hombre incapaz de hacer mal á nadie, ¿es verdad?

—Tal creo—contestó Antonio.

—Decidme: ¿vos perteneceis á la gente de Morgan, y sois uno de los jefes de su confianza?

—No, señor—contestó sonriéndose Brazo-de-acero;— esa creencia pudo serme fatal.

—Pero yo no soy ni gente de justicia ni de tropa; tened confianza en mí, quizá no os pesará.

—Me inspirais demasiada confianza, y para probároslo, os diré que es cierto; soy de la gente de Morgan, y estoy desesperado porque no puedo ir á reunirme con él.

—Pues caballero—dijo cambiando de tono el desconocido—confianza por confianza, escuchadme:

Habian sufrido el rostro y el aire de aquel hombre una trasformacion tan repentina, que Antonio le miraba asombrado; no era ya el sencillo comerciante que Brazo-de-acero habia creído encontrar, no; era un hombre lleno de fuego y de energía, sus ojos chispeaban al hablar y se erguia con cierto aire de altivez.

—Yo tambien soy pirata—continuó;—me llamo Juan Darien, porque mis primeras aventuras pasaron en el golfo de Darien; soy de Campeche; llegué á esta isla en busca de Juan Morgan para reunirme con él y comprometerlo á emprender algo por la tierra firme; pero al llegar aquí, Juan Morgan habia partido ya: mi navío está oculto en una ensenada no distante de aquí; uno de mis antiguos marineros que se encontraba aquí por casualidad, me contó vuestra llegada y me dijo quién érais, porque os vió desembarcar con los de Morgan: he aquí explicado todo; es necesario partir de aquí, y pronto.

Antonio escuchaba espantado aquella relacion.

—Esta misma noche es preciso darnos á la vela—continuó Juan Darien—quiera Dios ó no quiera: felizmente el

tiempo es favorable, ningun navío de los españoles se atreverá á salir en muchos dias, y pronto nos reuniremos con Morgan; ¿estais conforme?

—Me parece que teneis razon.

—En tal caso, prudente será que salgamos de la villa al pardear la tarde, porque mas temprano ó mas noche nos haríamos sospechosos.

—¿Conoceis el terreno?

—Como si me hubiera criado en él.

—Perfectamente.

—Y decidme, ¿creeis que Morgan consienta en ir á la tierra firme?

—Creo que sí, si esto le ofrece ventajas.

—¿Cómo si le ofrece! Puerto-Belo, Gibraltar, Maracaibo y otras mil villas y ciudades serán nuestras; los navíos que conducen el rico cargamento del cacao, nuestros serán tambien, y cada uno de nosotros tendrá dentro de poco una fortuna que envidiaría un rey.

—Entonces, creo que Morgan aceptará.

—¿Me ayudareis á convencerle?

—Haré cuanto esté de mi parte.

—Muy bien; haremos los preparativos del viaje.

Juan Darien llamó á los esclavos y les dió algunas órdenes en lengua desconocida, y luego dirigiéndose á Antonio, le dijo:

—Tomad vuestro sombrero, y vamos emprendiendo el camino para llegar á tiempo.

Antonio se puso su sombrero, y Juan Darien con una admirable facilidad, volvió á tomar el aire candoroso con que habia engañado á Brazo-de-acero, y los dos salieron á la calle.

Brazo-de-acero, conducido por Juan Darien, salió de la villa sin obstáculo de ninguna clase. Una vez en el campo,

el pirata de Campeche volvió á recobrar su aire resuelto y la energía y viveza de sus movimientos.

—¿Está muy lejos el lugar en que os aguarda vuestra embarcacion?—preguntó Antonio.

—Por el camino que todos saben, se necesitarian para llegar hasta allá lo menos ocho horas; pero yo conozco muy bien el país, y en dos llegaremos: yo no tengo necesidad de hacer ningun rodeo.

En efecto, Juan Darien atravesaba montes y barrancas y valles con tanta seguridad como si fuera por un camino carretero.

A poco mas de dos horas de camino, comenzaron á escucharse ya los tumbos del mar, y á poco Brazo-de-acero y su conductor se encontraron en una playa.

La mar estaba tranquila, comenzaba á soplar dulcemente el terral, y muy cerca de la orilla se mecia en las ondas una ligera y graciosa embarcacion.

—Hemos llegado—dijo Juan Darien.

—¿Y vuestros esclavos?—preguntó Brazo-de-acero.

—Poco deben tardar; pero para nosotros será mejor esperarlos á bordo.

Juan Darien reunió entonces algunas yerbas secas, sacó de la bolsa un pedernal, un eslabon, una mecha y una pajueta de azufre.

Encendió la mecha, ardió la pajueta, y Darien la introdujo entre el monton de yerbas secas.

En el momento se levantó una gran llama que tardó poco en extinguirse.

—Ahora—dijo el pirata—poco tardará el bote.

En efecto, poco despues se escuchó en el silencio de la noche el acompasado golpear de los remos y el rumor de una barca que rompía las aguas.

—Ahí están—dijo Juan Darien.

El bote tocó la playa.

—Vamos—exclamó el pirata levantándose, y de un brinco entró al barco.

Antonio le siguió, y los bogas, entonando un canto monótono y melancólico, comenzaron á remar.

Casi tocaban ya el costado del navío, cuando en la playa brilló otra llama.

—¡Mirad!—exclamó Juan—¿no os dije que no tardarian? hélos ahí.—Y tomando la escala, subió al navío, seguido de Brazo-de-acero. El bote regresó á la playa.

Una hora despues, el viento inflando las velas de la ligera embarcacion de Juan Darien, la impelia rumbo á Jamaica.

Brazo-de-acero dormia entonces tranquilamente.

—El Freri entre la Española y Cuba y Jamaica, le conozco como á mis manos. Por eso creo mejor dirigirnos á Navaza, porque los cayos de Morante son cuatro islitas pequeñas que se levantan, cuando mas, siete piés sobre la superficie de la mar; en tres de ellas hay algo de bosque, pero el fondeadero es allí peligroso; hay que cuidar del Placer Blanco y Arrecife, que se extiende como á dos millas; hay fondo de arena con tres y media y hasta cuatro brazas, pero hay tambien allí mancha de coral, y es menester buscar con el escandallo sitio limpio antes de dar fondo.

—¿Conoceis bien estos mares?

—Ya lo creo! en una galera del rey de España he andado mucho por aquí.

—¿Voluntariamente?

—Sí; á rechina motones me sacaron de mi tierra, y á palo seco me hicieron correr el temporal.

—Supuesto lo que decís, Morgan habrá fondeado en Navaza.

—Tal vez; esa es una islita pequeña, pero sus costas son muy limpias, se puede fondear á cuarto de milla y con catorce brazas sobre arena, y sin mas peligro que la marejada tan alta que levanta allí el viento fresco.

—Pues allá vamos.

—Iremos, que con los ojos cerrados llegaría yo.

El viento siguió favorable y la «Vénus» parecía volar.

.....  
 .....  
 En la pequeña isla de Navaza habian fondeado los buques de los piratas, para hacer con mas comodidad la division del botin adquirido en la última expedicion.

La buena fe entre aquellos hombres era admirable.

## II.

Juan Morgan y Juan Darien.

LA «Vénus» se llamaba la embarcacion de Juan Darien, que resbalaba ligera sobre el Océano, merced al viento favorable y en busca de la armada de Morgan.

Cerca de amanecer, Brazo-de-acero se levantó en busca del capitan, y le encontró fumando tranquilamente.

—¿Creeis—preguntó Juan—que encontraremos á Morgan y á los suyos en Jamaica?

—En Jamaica realmente no—contestó Brazo-de-acero—que por el tiempo trascurrido supongo que aun no estarán allí; tratábase de repartir el botin, y si él era tal que alcanzase á pagar las deudas contraidas con los ingleses de Jamaica, entonces sí irian; pero si no, no.

—En tal caso, ¿estarán en la isla de Navaza, ó en los cayos de Morante?

—Así me parece; ¿conoceis esta derrota?

Ninguno hubiera sido capaz de esconder ni una moneda de cobre; todo iba al fondo comun, y todo se repartia segun las estipulaciones de las escrituras.

Pero la empresa no habia producido grandes resultados; aquel primer golpe no dió mas que veinticinco mil pesos, cantidad miserable para hombres ávidos de riquezas y que creian encontrar montes de oro á sus primeros pasos.

Aquella suma no alcanzaba ni para pagar las deudas contraidas en Jamaica, y de las que habia hablado Brazo-de-acero á Juan Darien.

Además, habia allí una cosa muy grave; los franceses querian dejar á Morgan, y por mas instancias y promesas de éste, no querian seguir en su compañía.

Los ingleses comenzaron entonces á desmayar. Morgan estaba desesperado.

El número de sus soldados y de sus embarcaciones habia disminuido hasta ser casi la mitad de los que tenia, y en cuanto á la decision de sus pocas tropas, no estaba tampoco muy satisfecho.

Sentóse en una roca á meditar; el porvenir era luminoso, su esfuerzo era grande, y sin embargo, nada podia hacer; no habia allí un solo hombre que lo comprendiese. Entonces pensó en su jóven amigo, en Antonio Brazo-de-acero.

¿Qué seria de él? Quizá habia perecido á manos de los soldados españoles.

Sumido en estas profundas meditaciones, le encontró un oficial que traia la noticia de que se divisaba una vela. Morgan se levantó violentamente.

La embarcacion avanzaba con rapidez.

—Ese debe ser amigo—exclamó Morgan;—ningun buque

español, y menos de ese porte, se habria arriesgado á lanzarse á los mares sabiendo que Juan Morgan navega por aquí; apenas una armada pasaria cerca de nosotros sin temor: dejad que llegue ese navío, que el corazon me dice que trae buenas nuevas.

Aun tardó mucho en llegar á la costa aquella embarcacion, y al hacerlo, se presentó con tal gracia y tal confianza, que los que esperaban y los que llegaban se sintieron amigos.

El bote se desprendió de aquella embarcacion, y dos hombres llegaron en él á la orilla.

Juan Morgan corrió á su encuentro con alegría, porque en uno de aquellos hombres habia reconocido á su amigo Brazo-de-acero.

Brazo-de-acero presentó á Morgan á Juan Darien, y le refirió cuanto con él le habia pasado.

—Vuestro nombre—dijo Morgan—me era ya muy conocido. ¿Quién no ha oido hablar del intrépido capitán que tiene aterrorizadas á las guarniciones españolas de Tierra Firme?

—Desgraciadamente—contestó Juan Darien—mis fuerzas no son ya suficientes para acometer las empresas que se presentan; por eso vengo en vuestra busca: teneis hombres, teneis bajeles; ¿á qué permanecer en este golfo, en el que pobre presa serán para vuestro brio los despojos de las Antillas? Marchemos á la Tierra Firme; las costas es verdad que están un tanto pobres y despobladas; pero hay ciudades que, aunque mas internadas, caerán al empuje de nuestros bravos. Yo conozco aquellas sondas; yo os guiaré, yo marcharé siempre á vuestras órdenes; y allí, en el continente, tengo hombres adictos á nuestra causa, que saldrán

de sus hogares y se armarán para seguirnos y para auxiliarnos: todo nos es favorable; marchemos.

—Juan Darien—contestó tristemente Morgan—¿no sabéis que una gran parte de mis soldados me han abandonado, llevándose gran parte de los bajeles?

—¿Y esos que están ahí á la ancla?

—Eso es todo lo que nos resta.

—¿Y os parece poco? ¡Oh! vos no conoceis aquellos terrenos y aquellos rumbos; yo me comprometo á entregaros, con solo esta armada, las principales villas y ciudades. ¿Os falta el ánimo? ¿no sois el hombre que yo habia pensado?

—¿Que si me falta el ánimo, preguntais? ¡Ah! vos sois el que no conoceis á Juan Morgan. Iré, iré, y moriremos en las costas de la Tierra Firme, ó triunfaremos aun cuando se opongan todas las escuadras del rey de España.

—¡Cuánto me place oiros hablar así!

—Juan Darien, tomad mi mano en señal de alianza y en prueba de lo que os prometo; mañana mismo, esta misma noche, en este momento, si sopla favorable el viento, nos haremos á la vela en busca de esas tierras en que vos esperais encontrar tantos tesoros y de donde me ofreceis la fortuna para los míos.

—¿De veras?

—Mirad si lo sé cumplir.

Juan Morgan se levantó, y tocando un agudo silbato de oro que pendiente de una cadena llevaba al cuello, hizo venir á su lado á varios hombres, á los cuales dió en voz baja algunas órdenes.

En el mismo momento cundió por todo el campo donde estaban los piratas, una grande agitacion.

Reinaba la alegría, el gozo se pintaba en todos los semblantes, y se conocia que todos recibian la noticia de que se iban á dar á la vela, con el mayor placer.

Muchos habian reconocido á Brazo-de-acero y lo juzgaban la causa de aquella grata disposicion.

Los botes iban y venian á los navíos conduciendo algunos objetos que los marineros habian bajado á tierra; en el interior de los navíos la agitacion era mayor; todo se preparaba y se disponia, porque habia orden de aprovechar el primer viento favorable.

Juan Morgan, Juan Darien y Brazo-de-acero contemplaban aquel bullicio sentados á la orilla del mar; un bote con sus bogas estaba cerca de ellos, esperando el momento de la partida para conducirlos á bordo.

Todo estaba dispuesto, no habia ya ni un marinero en la tierra ni una lancha en el agua; los navíos esperando solo el soplo de los vientos para tender sus velas de lona sobre el agua.

Aquel era un espectáculo hermoso.

—¿Con eso—dijo Juan Darien—temeríais fracasar en nuestra empresa?

—¡Nada temo!—contestó Juan Morgan—y no espero mas que la llegada del viento.

—Pues la mar comienza á ponerse gruesa.

—Señal de buen viento en esta sonda la gruesa marejada—dijo Juan Morgan, poniéndose en pié y dirigiéndose al bote, que se mecía en las olas que llegaban á la playa.

Juan Darien y Antonio le siguieron y entraron con él al bote.

Darien y Antonio se sentaron, Morgan permaneció de pié, hizo una señal con la mano y los bogas empuñaron los remos y se miraron entre sí.

Luego, como impulsados por una máquina, todos los remos penetraron al agua y se sintió el esfuerzo simultáneo, y el bote, como lanzado por un resorte, surcó las ondas, dejando una profunda estela.

Pocos momentos después, la armada de Juan Morgan se daba á la vela.

### III.

#### Portobelo.

UNA de las plazas mas fuertes que tenia sin duda el rey de España en todos sus dominios del nuevo continente, á excepcion de la Habana y de Cartagena, era la ciudad de Portobelo.

En la Costa-Rica, á catorce leguas del golfo de Darien y á ocho de la serranía conocida por el *Nombre de Dios*, Portobelo estaba defendido por dos castillos, en los que se encontraba siempre una guarnicion compuesta de 300 soldados y sobre 400 mercaderes armados para su seguridad y custodia.

Generalmente los comerciantes, aunque tenian en Portobelo sus almacenes, no concurrían á la ciudad sino cuando llegaban los galeones de España, y preferían vivir en Panamá por su clima sano y su aire puro.

Sin embargo, vivia en Portobelo un riquísimo propieta-